

El wikén

■ Está escrito en el Génesis. El Todopoderoso creó el mundo en seis días y al llegar al séptimo, descansó. El hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, en su infinito orgullo ha tratado, en vano, de sobrepasarlo, fracasando en su osado intento. Salvo una excepción. Dios descansó un día, después del improbable trabajo de la creación. El hombre inventó el wikén y descansa dos días, después de trabajar a media máquina, cinco.

Al César, lo que es del César. Aquello fue una invención sajona. El week-end, así, con pronunciación y ortografía inglesa, era una costumbre de los hombres rubios que nosotros, los latinos, admirábamos y añorábamos, hasta que en un signo de progreso la copiamos y creamos nuestra propia versión del "wikén".

Desde entonces, tenemos una preocupación más. ¿Qué haremos con el wikén? Porque si se tratara de descanso, la cosa sería fácil. Bastaría quedarse en cama recuperando fuerzas, pero está visto que el hombre quiere atenerse firmemente a la maldición bíblica y no acepta el dejar transcurrir las horas en un deleitable y placentero ocio.

Tan pronto llegan las seis de la tarde del día viernes, la ordenada vida que se ha llevado en la semana, fiel a un horario, metódica en las costumbres, se desordena en un apresurado caos. Ha llegado el wikén y es necesario aprovecharlo. El viernes en la noche no se puede comer en casa, en familia. Es el día apropiado para que, cumplidas las obligaciones laborales en la semana, comiencen las no menos pesadas obligaciones sociales. O se recibe o se va de visitas, y, en uno u otro caso, eso implica una febril actividad, sea para comprar las vituallas del caso, para vestirse, para ordenar la casa o para buscar el "enganito", todo esto para terminar la primera noche de descanso semanal trasnochado y a medio filo. "No importa", dice el sufrido ciudadano, "mañana es sábado", pero es una ilusión que todas las semanas se desvanece. El sábado por la mañana hay que levantarse temprano. Es el día de la feria libre, cuando hay que aprovechar la mañana en que el comercio está abierto y hacer un cross country por calles abarrotadas de gente, de automóvi-

les y motocicletas. Es imposible desaprovechar la mañana del sábado y hay que levantarse temprano, para almorzar después muy tarde y pensar qué se va a hacer en la noche. ¿Cómo no ir al teatro o al cine? Y correr a hacer la cola para las entradas.

Algunos, aparentemente más sabios, deciden escapar de todo esto y usan del privilegio de contar con una casa en la playa. Parten temprano en sus autos y después de dos horas de carretera han de abrir la casa, deshumedecer ropas y colchones, verificar los deterioros que se han producido, correr tras el maestrillo para terminar, exhaustos, teniendo que volver a la ceremonia de cerrar la casa, asegurarla contra los ladrones y enfrascarse en otras dos horas de camino.

Pero queda el domingo y el hombre que ha conquistado el wikén ya está lo suficientemente cansado para tratar de hacer nada, apenas pensar en una buena comida y nada más, pero ése es el día de la salida de la empleada y ha de contentarse con la empañada que previamente y tras larga cola ha logrado comprar en el puesto más próximo. Corre la tarde del domingo y nuestro hombre mira el calendario y exclama con esperanzada resignación: "¡Qué bueno, mañana es lunes!" Y se va a la cama pensando en la acogedora tranquilidad de su oficina, de su taller o de su fábrica, donde todo transcurre de acuerdo a rutinas prefijadas, sin las penurias que le ha deparado el wikén.

Cuando Lucifer, el bello ángel, se rebeló contra Dios, éste lo castigó con las penurias del infierno. Siempre me pregunté por qué Dios, con su inconmensurable justicia, no había dado igual castigo al hombre que se rebeló a su enseñanza de descansar el séptimo día y extendió su holganza a la noche del quinto, al sexto y al séptimo, inventando así el wikén.

Ahora ya lo sé. El castigo fue el mismo, lo único que no se llamó infierno sino wikén. Sólo, que en su infinita bondad, le entregó al hombre un renovado día lunes para que se rehabilitara de la frustración y la amargura que fue acumulando el fin de semana.